



MONDRAGÓ

El árbol del Banyán

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



MONDRAGÓ

*El árbol del
Banyán*

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: julio de 2020

ISBN: 978-84-08-22993-3

Depósito legal: B. 10.652-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

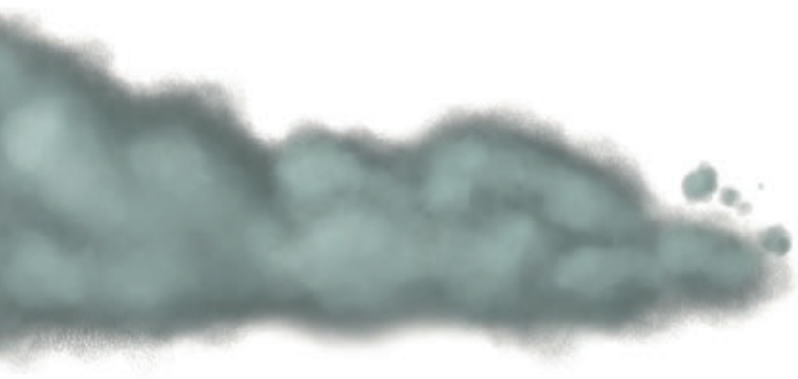
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

¿Dónde está Mondragó?



Cale miraba desesperado por la ventana de su castillo. ¡No había dejado de llover desde que salieron del laberinto del Baobab! El cielo estaba tan oscuro que, a pesar de ser por la mañana, parecía que todavía no había amanecido. La lluvia torrencial caía como una manta de agua y apenas conseguía ver la silueta de los árboles y de las dragoneras.



PROOOM

CRAS

Un relámpago estalló en el cielo iluminando la sala. Había caído cerca. Muy cerca.

Cale se preguntó cómo estaría Mondragó. Sus padres le habían prohibido la entrada en el castillo y por primera vez su dragón había tenido que pasar la noche en las dragoneras. Por lo menos no estaba solo. Karma y Kudo, los dragones de sus padres, lo acompañaban, pero Mondragó era muy joven, solo tenía ochenta años, y a Cale le preocupaba que estuviera asustado.

CRASSSS

Otro rayo. Esta vez iluminó el cielo y a Cale le pareció divisar entre la lluvia tres siluetas que se acercaban volando y tomaban tierra. Eran sus amigos Mayo, Casi y Arco, montados en sus respectivos dragones.

Cale vio cómo sus amigos desmontaban, llevaban sus dragones a las dragoneras y después salían corriendo hacia la puerta principal del castillo. El chico salió a recibirlos.



—¡Rápido, pasad! —dijo abriendo la gran puerta de madera.

—¡Qué pesadez de lluvia! —dijo su amigo Arco cruzando la puerta. Se quitó el casco e intentó secarlo con su camisa, pero estaba empapada—. ¡Con tanta agua se me va a oxidar el casco!

—¡Y el cerebro! —se burló Casi—. Desde luego, hace un día horrible y la lluvia es lo peor para los dragones. Me ha costado un montón sacar a Chico del castillo. Además, es muy peligroso volar con tan poca visibilidad. No sé qué vamos a hacer como siga lloviendo así.

—Hola, Cale —dijo Mayo que iba detrás de sus amigos—. ¿Dónde está Mondragó? Pensaba que tenías que dejarlo en las dragonerías.



—Sí, ahí está —contestó Cale—. ¿No lo has visto?

—No, y me extrañó mucho que no saliera a recibirnos —dijo Mayo—. Normalmente cuando ve a Flecha, sale a jugar con él.

—Sí, a mí también me extrañó no verlo —dijo Arco que ya estaba subiendo la escalera hacia la habitación de Cale—. Pero seguro que está muerto de miedo con tanto trueno y se habrá escondido entre la paja. Venga, vamos a ver qué nos cuenta Rídel.

A Arco le gustaban mucho las aventuras y estaba deseando ponerse en marcha con su siguiente misión. Muy pronto, Rídel, el libro parlante, les diría dónde estaba la siguiente semilla que tenían que encontrar.

—¡Espera, Arco! —dijo Cale—. Creo que debería ir



a ver cómo está Mondragó. Me preocupa que no lo hayáis visto. Venga, acompañadme.

—¡Pero si acabamos de llegar! —protestó Arco.

—Sí, será mejor que vayamos a verlo —dijo Mayo—. Además, ya estamos mojados, así que no notaremos un poco más de agua.

Arco refunfuñó, se puso de nuevo el casco empapado y bajó la escalera dejando un rastro de agua a su paso.